



# **LAGRIMAS DE CERA**

## **PREGON DE LA BIZNAGA**

**Juan Luis Pinto Doblas**

Ilustrísimas autoridades, Presidente de la Federación de Peñas,  
Presidentes de los colectivos aquí representados, queridos amigos todos,  
vaya por delante mi agradecimiento a las amables y cariñosas palabras de  
la pregonera del año pasado, y amiga personal, Marivi Romero.  
Muchísimas gracias por tu presentación. Es lo que tiene la amistad, que a  
veces uno pierde un poco la objetividad. Gracia de nuevo Marivi.

Igualmente mi agradecimiento al presidente de la Peña La BIZNAGA,  
Alfonso Ruiz y a toda su junta directiva, y mis felicitaciones, por abanderar  
un acontecimiento tan importante como este. Para mi resulta un honor  
que se hayan acordado de mi persona para una efeméride tan especial y  
celebrada. Un honor y una enorme responsabilidad que procuraré dirimir  
luchando contra los nervios y contra la huella dejada por mis  
predecesores. Por si no lo saben, o no los recuerdan, les voy a mencionar  
una muestra de ellos:

Manual Alcántara, Rafael Perez Estrada, Antonio Garrido, M<sup>a</sup> Pepa  
Estrada, Antonio Montiel, Eugenio Chicano, Pepe Atencia, Felix Revello,  
Diego Gomez, Antonio Montiel, Rosa Francia, Pedro Luis Gomez, Paco  
Fadón, Inés Guzmán, Teodoro León Gros, Jose M<sup>o</sup> Martín Delgado,  
Salvador Jimenez... todo ellos escritores, poetas, pintores, profesores de  
universidad, periodistas. Insignes personas de la vida social de nuestra  
ciudad.

Cayetano Utrera, Celia Villalobos, Avelina Sanguinetti, Pedro Aparicio,  
Francisco de la Torre, Luis Merino, Diego Maldonado, Marivi Romero, la  
última pregonera.. ilustres representantes de todos los malagueños desde  
la tribuna política de nuestra ciudad.

¿Comprenden ahora el sentimiento de responsabilidad que me embarga?

No soy prodigo en dar pregones, pero tratándose de algo tan nuestro  
cómo lo que hoy conmemoramos, no podía negarme de ninguna manera.  
Y no podía negarme porque también sirve para recordarnos un año más,

una ocasión más de las muchas que lo recordamos a lo largo del año, de todos estos largos años, de nuestro querido y recordado amigo y vecino, José M<sup>a</sup> Martín Carpena. José M<sup>a</sup>, allí donde estás te dedico este pregón.



**Y** va y me pregunta mi amigo Esteban, él es de Sestao, quien me ha visto estas últimas semanas muy concentrado en mis escrituras, que en qué nueva aventura andaba metido.

-Ando tomando notas para un pregón que estoy escribiendo a la biznaga.

-¿A la biznaga? ¿Te refieres a la biznaga que yo conozco? – me respondía un tanto incrédulo.

-Sí, que sí, ¿a qué biznaga va a ser si no?

- Pues chico, perdona que te diga pero es lo último que me podía imaginar. Sé que aquí por estas tierras dais muchos pregones, lo mismo que en la mía, pero de ahí a pregonar una flor...

Y estas palabras de Esteban me hicieron reflexionar.

-Vamos a ver- me dije- ¿por qué nunca me había parado a analizarlo? Puede que Esteban llevara razón. Pregonar a una flor... Pero la duda me duró apenas unos instantes. No, no se trata de pregonar a una flor. Se trata de pregonar a un símbolo, a una tradición, a un trozo de la esencia de Málaga. Se trata de pregonar una parte más de nuestras ricas y profundas raíces.

En definitiva se trata de pregonar la historia de nuestra ciudad.

Lamentablemente mi amigo Esteban, al que me permití invitar a este acto, le ha resultado del todo imposible poder asistir para oírlo. Todos tenemos algún Esteban al que conocemos que no tiene muy claro eso de pregonar a una flor. Vamos a ver si logramos aclarárselo.

Las flores acompañan nuestro existir, desde que nacemos. Con ellas suelen ser obsequiadas las mujeres cuando dan a luz; flores que están siempre presentes en todo tipo de acontecimientos a lo largo de nuestra vida, siempre, hasta el último momento, en el de la muerte.

Las flores, siempre, las flores. Pero hay, para mi gusto, una que destaca de manera muy especial por encima de las demás: el jazmín, y hoy homenajeada conformando una biznaga.

Flores que no son flores  
Pero que juntas regalan  
El más dulce de los perfumes  
En tardes de calidez preñadas

Flores que no son flores  
Flores por todos admirada  
Flores ¡únicas! ¡de mi tierra!  
Nacidas junto a la mar salada

**Y** como un pregón es el aviso oficial de una noticia o un hecho que se hace a viva voz, y si esta, la voz, es alta, tanto mejor, permítanme que mi pregón lo desarrolle el propio protagonista de esta historia: un biznaguero.

Biznaga de un solo día

Que el biznaguero pregona

Cuando el sol se va a dormir

Y la luna se remoza

¡Vendo olooor! ¡Vendo olooor!

Se deja oír por las calles

Del verano caluroso

Con la faja ceñida al talle

El biznaguero rumboso

Regalando su olor... ¡que detalle!

Biznaguero, ¡biznaguero!

Dame la más blanca y fresca

Para regalar a la mujer

Que a mi lado ríe y sueña.

Biznaga de un solo día

Mañana tráeme una nueva

Para que no me falte un instante

la fragancia de mi tierra

**D**ejémonos llevar un rato por la imaginación y nos trasladamos a la Málaga de mediados del siglo XIX, allá por el año mil ochocientos sesenta y tantos.

Juan Fernandez vivía, junto a su mujer, Maria Fernandez, en una de las casillas construidas por la Industria Malagueña en el barrio de Huelin. Era la suya una casa de apenas 12 metros cuadrados con su entradita, su aseo, un cuarto y una cocinilla minúscula pero suficiente para los avíos de la comida. Total para lo había que cocinar. Y al final de tan aprovechado espacio, un patinillo de apenas dos metros cuadrados, suficiente para una pila de lavar y unos cuantos tiestos que Maria tenía ocupados por geranios y clavellinas. La felicidad en doce metros cuadrados.

Vivía la familia Fernandez de lo que sacaban de la mar con una barquilla, heredada del abuelo de Juan, el viejo Frasquito Fernandez.

Pequeñita, con una quilla mas chiquitilla que la cresta de un pollo recién nacido. De ahí su nombre "Gallito". Por mor de lo minúsculo de la quilla, esta a duras penas soportaba el peso de Juan, con lo que al mínimo peso que se la añadía, "Gallito" se balanceaba sin descanso de un lado a otro. Aquello afectaba cada vez más al bueno de Juan hasta el punto de llegar más de una vez a la casa ,después de andar faenando desde bien temprano, con apenas un puñado de jureles y dando bandazos como un borracho empedernido, cuando Juan jamás había tomado una gota de alcohol.

- Chiquilla, no me voy a marear, si es que "Gallito" se mueve más que un garbanzo en la boca de un vieo, - le decía a María cuando regresaba protestando por lo inestable de la embarcación.

Por este motivo la barquilla se pasaba gran parte del tiempo acostada perezosa, frente a la casa, sobre la arena de la playa de San Andrés. Su mujer siempre barruntó que en realidad era poca la vocación de Juan por la pesca. Total, que Juan se pasaba más tiempo trapicheando en esto y en aquello, que para eso era un hombre con buenas manos e inteligencia clara, que faenando con la dichosa barquilla.

La alegría llegó a la casa de los Fernandez cuando, inesperadamente, casi con treinta años, ¡qué barbaridad, treinta años! María Fernandez quedó encinta. Los Fernandez lo celebraron junto a sus vecinos con verdadera felicidad. No era para menos. Por fin Juan iba a cumplir con el requisito de perpetuar su familia cuando ya lo daba por imposible.

Pero la alegría dura poco en la casa del pobre. Málaga se vio sacudida por unas lluvias torrenciales que hicieron que incluso una vez más se desbordara el río dando lugar a grandes inundaciones que todavía se recuerdan. La casa de los Fernandez, de las más cercanas a la mar, se vio tan afectada por las lluvias torrenciales que quedó semiderruida y totalmente inundada. De la barquilla, "Gallito", solo se encontraron tres o cuatro tablones de su popa cuadrada y apenas un cacho de su quilla. Totalmente destrozada. Ese mar que les embelesaba en los atardeces, especialmente de primavera y verano; ese mar que les dormía con el rumor interminables de las olas al morir suavemente en la orilla, se había mostrado embravecido, indomable, y de un zarpazo dejó a la familia Fernandez, al igual que a otras muchas, sin su medio de vida.

Se fueron los Fernandez con cuatro enseres que pudieron salvar, a la casa de una hermana de Maria a unos corralones en el barrio de Capuchinos.

Eran pocos y parió la abuela. Donde antes vivían cuatro, ahora tendrían que hacerlo seis. Estaba de Dios que así fuera.

Juan se pasaba el día trajinando en esto y aquello para sacar unas perras para ayudar a la familia. Pero nada de eso era suficiente. De ayudante de albañil, de buhonero, de carpintero, hasta de recadero, como si de un zagal se tratase, llegó a trabajar. Pero Dios aprieta pero no ahoga y dando recados, un trabajo que aunque estaba mal pagado, le daba la oportunidad de conocer a mucha gente, conoció a don Antonio, un maestro jubilado de la Lagunilla. De tanto ir por la casa de aquel hombre llegó a adquirir cierta confianza y hasta se podría decir que amistad, salvando las lógicas distancias. Él, Juan, sabiéndose un humilde recadero, el otro, el maestro, todo un señor bien estudiado.

El maestro, que gustaba de los libros, siempre andaba leyendo, en el amplio y colorido patio de su casa. Hasta allí hacia pasar a Juan a quién le

obsequiaba siempre con algún vaso de agua fresca o cualquier cosa que tuviese a mano, cada vez que venía de hacer cualquier recado.

Después de tantos ratos de charla, el maestro conocía todas las peripecias de la vida de Juan. Su marcha forzada del barrio de Huelin. Del delicado estado de salud de Maria, su mujer, seguramente por haber quedado encinta en tan avanzada edad, o al menos a eso achacaban los males de la pobre mujer que iban a peor cada día.

El caso es que el maestro le tomó verdadero cariño. Sabía de la lucha de aquel buen hombre por buscar más recursos para la familia, sobre todo por el estado de salud de María y los cuidados médicos que precisaba. Sus anhelos por regresar algún día a su barrio de Huelin. Sueños que se le antojaban imposibles...

- Tu tranquilo Juan. Dios está para todos. Ya verás cómo te sale algo que te ayude. Yo soy un pobre jubilado y poco puedo hacer. Además, tu eres un tiarron,- le decía en tono jocoso para levantarle al ánimo- Perdóname, pero tu no tienes tipo de pescador. Los pescadores, al menos todos los que yo conozco, son más chiquititos. Por eso se te movía tanto tu barquilla. ¿No te has parado a pensar eso nunca? Era muy poca barca para un hombre tan grande.

Y es que, aunque no se ha mencionado hasta ahora, medía Juan más de metro ochenta. Todo un árbol tieso y espigado al que le faltaba barca por todos lados.

Andaba una mañana, de ese caluroso verano, Juan en el patio con don Antonio, a donde cada vez acudía con más frecuencia esgrimiendo cualquier excusa, cuando apareció la mujer del maestro, escoba en mano dispuesta a barrer. El suelo se encontraba lleno de jazmines que debían haber ido cayendo la noche anterior procedente de dos enormes plantas de tan singular flor que cubrían una de las blancas y relucientes paredes del patio.

- Deme usted acá señora,- le dijo como siempre servicial Juan- que esto lo quito yo en un plis plas.

Una vez que tenía ya recogidos un buen montón de jazmines, observó como don Antonio cogía un puñado del suelo y los acercaba a la nariz.

- Humm, que maravilla de olor. Inunda todos los sentidos. Toma, huele -insistió don Antonio a Juan mientras le acercaba el puñado a la cara.
- Humm, sí que es verdad. ¿Puedo llevarle un puñado a mi Maria? Seguro que le encantan. Huelen de maravilla.

A ese primer puñado de jazmines siguieron otros. Hasta que se convirtió en hábito. Total, antes se tiraban a la basura, qué mejor que aprovecharlos.

Tomó por costumbre Maria, de hacerse un manojo con los jazmines y colocárselos bien en el pelo, bien prendido en la ropa. El caso es que por donde pasaba iba dejando un reguero de olor que era la envidia del corralón.

Tanto trajín de jazmín no podía ser por casualidad.

Uno de esos días, llegó Juan bastante exaltado a casa del maestro. Venía de hacer uno de sus recados a los curtidores, por la parte esa de las Siete Revueltas. Y la vio.

- ¡Don Antonio, que lo hemos tenido delante de los ojos todo el rato y no me he dado cuenta! –le decía este excitado mientras paseaba de un lado a otro del patio.
- ¿De qué me hablas hombres de Dios? Y siéntate que me tienes nervioso.
- Los jazmines don Antonio. Esos que tiramos todos los días. ¡Que me pueden ayudar y mucho! Con su permiso, claro.

Y le contó Juan que, una vez entregado el recado que había ido a hacer, se dejó de ir por la Alameda donde le gustaba pasear y dejarse llevar por la vida que se respiraba en aquella parte de la ciudad. Le llamó la atención el pregonar de una mujer que llevaba en un canasto jazmines formando una flor parecida a la que, de manera improvisada, se hacía su mujer.

- ¡A real los vendía! ¿Sabes usted lo que se puede sacar con eso?

- - Pues por mí que no quede- le respondió al punto don Antonio-. Ahí tienes todos los jazmines a tu disposición. A ver si eres capaz de venderlos todos.

Ante tanta algarabía apareció por allí la mujer de don Antonio, la señora Emilia, quién, una vez que conoció el motivo de tanto alboroto, aportó su granito de arena en el invento.

- Pero no te valen esos que tiramos cada día. Tendrás que venir justo cuando comienzan a abrirse. Ese es el momento idóneo de cogerlos. Además, después tendrás que prenderlos. Venga. Yo te enseñaré cómo hacerlo. Mañana comenzamos.

Don Antonio miraba un tanto sorprendido a la vez que orgulloso a su mujer. ¿De dónde procedían todos esos conocimientos que de tarde en tarde, dejaba aparecer? Y esta vez además, para ayudar a una familia necesitada. Una mezcla de orgullo y felicidad le hacían sentirse como pocas veces lo había estado.

- Pues me enseñas y yo también ayudo – se ofreció entusiasmado el viejo maestro-. ¡Que puñeta! ¿Lo ves Juan? Que Dios aprieta pero no ahoga.

Después de no pocos días de trajín con los jazmines; de ir al río a recoger cardos donde ensamblar la preciada flor, tal y como había ordenado la señora Emilia; después de hacer y deshacer las biznagas una y otra vez hasta que quedaban tan bellas a la vista, como fragantes al olfato, decidieron que todo estaba preparado.

La tarde del día de Santa Ana era.

Juan se presentó vestido con sus mejores galas: pantalón negro de faena, camisa blanca, alpargatas de pita y fajín rojo rodeando la cintura.

- ¿Y esa ropa? – le preguntó don Antonio un tanto extrañado y a la vez divertido por el atuendo que portaba aquel hombretón.
- En recuerdo de mi barquilla “Gallito”. Digo yo que no importará que vaya vestido de marengo. Bien que me ayudo a ganarme la vida.

- Sea – le respondió don Antonio-. Desde luego será lo nunca visto, que es la imagen muy importante en eso de estar cara al público.

Primero una penca, luego dos, y hubo tardes que hasta tres, llegó a vender Juan en las calles del centro de Málaga. Su porte, alto, delgado, de mezcla entre marino y vendedor ambulante, se hizo famoso entre los malagueños. Y su pregonar, singular, inconfundible se oía a lo largo de la Alameda lo que le permitía, a parte del susodicho real, conseguir alguna propinilla extra de señoritas y gente bien por su labia poética de la que tenía mucha culpa las horas de entrenamiento con don Antonio.

- Desde luego tenemos que asegurarnos que no haya otro vendedor como tú por las calles – le insistía a Juan para que se aprendiera el voceo de vendedor .

¡Vendo olooor! ¡Vendo Olooor!

¡A real vendo el olor!

para la señora y el señor

No se anden con remilgos

que solo cuesta un real

¿Quién no regalaría la gloria

por tan ínfima cantidad?

Poco a poco, aquel recurso pasajero se fue convirtiendo en negocio familiar hasta el punto que , al menos durante todo aquel verano los Fernández pudieron reunir buenos cuartos. Pero la señora María seguía con sus dolores cada vez con mayor intensidad.

Una corona, preciosa, de jazmines blancos y rosáceos, llevó con devoción Juan hasta su Virgen del Carmen querida.

- Toma Madre mía, para que me la cuides. No tengo más que darte – le decía Juan con lágrimas en los ojos mientras rezaba a su manera a

la virgen de los marineros pidiéndole por María que andaba cada día más pachucha.

Aprovechó Juan el viaje y dejándose llevar por los consejos de don Antonio, fue a dar una vuelta por su barrio de Huelin. Allí se encontró con sus vecinos y los puso al día de todo. Estos a su vez, para su sorpresa, le mostraron el estado en el que se encontraba su antigua vivienda.

Sus reparaciones estaban a punto de finalizar. Estaba como nuevecita. A Juan le produjo una pena enorme que le atenazaba la garganta, pero haciendo de tripas corazón lanzó la pregunta:

-¿Quién la ha ocupado? –preguntó con apenas un hilillo de voz.

Durante unos instantes se produjo el silencio.

- El que la va a ocupar aún no ha venido – respondió un tanto seco uno de los vecinos.
- ¿Lo conozco?- volvió a preguntar todavía más descorazonado ya que en el fondo tenía la esperanza de que nadie fuese a ocuparla.
- Lo conoces – le respondió una de las mujeres que se había interesado por el estado de María- Juan Fernández se llama, casado con María. Y esta es su casa que está esperando a su regreso.

El pobre Juan se sintió mareado y hubo de tomar asiento. Sus vecinos, durante su ausencia, y cuando las aguas volvieron a su sitio, comenzaron por arreglar todos los destrozos de la vivienda que no eran pocos, hasta dejarla como el día de su estreno. Para ello fue esencial la visita de un viejo maestro, ya jubilado, que aportó todo el dinero necesario para comprar los materiales. Juan no sabía cómo reaccionar ante semejante noticia.

Lleno de gratitud, en cuanto se repuso de la noticia, salió que se las pelaba camino de Capuchinos a contarle todo a su mujer. Luego se llegaría a la casa del maestro. Menuda sorpresa le habían organizado entre don Antonio y sus vecinos.

- Gracias Dios mío, por apretar y no ahogarme. Gracias virgencita del Carmen –iba casi pregonando Juan por la calle.

Y así durante todo el camino hasta llegar a Capuchinos. Cuando llegó al corralón, se encontró con el mismo o más revuelo que se había organizado en su barrio de Huelin. ¿Qué es lo que pasaba? Como pudo se abrió paso entre la gente. Era su María. Ya no podía aguantar más y habían venido las parteras. Por lo poco que se había podido enterar, la cosa venía complicada. Ya se lo temía él. Había sido un embarazo muy extraño y doloroso.

No llevaba ni cinco minutos sentado en el escalón de la entrada a la casa, cuando por unos instantes dentro cesó el trajín que se traían las mujeres y pudo oír con claridad el llanto de un bebe.

- ¡Gracias, Dios mío! Ya ha venido al mundo.

Sin atreverse a entrar en la casa, cosa que le habían prohibido no de muy buenos modos aquellas sabias mujeres, preguntó cómo estaba María.

- Bien, bien, ya mismo acabamos. Es una niña. Preciosa.

Juan respiró con alivio. Pero a los pocos instantes de nuevo se oía gran alboroto dentro de la casa.

- ¿Ahora qué Dios mío? ¡Si ha de pasar algo que me suceda a mí! – decía este rezando a viva voz desesperado.
- No, ¡si te va a pasar! – oyó decir a la mujer que se había asomado antes- ¡Otro! Ahora un niño. ¡Tú sigue pidiéndole a Dios!

Una niña y un niño preciosos vinieron al mundo. Eso explicaba el embarazo tan incómodo que padeció la pobre María y que ahora se encontraba exhausta pero en perfecto estado.

Una vez pasadas las primeras semanas, Juan cumpliría su gran y deseado sueño: regresar a su barrio de Huelin, no sin antes despedirse de don Antonio y su mujer Emilia.

- ¿Y sabe lo primero que haré nada más llegar? – le dice Juan al maestro- ¡Plantaré todo el patio de jazmines! Desde ahora hasta el verano próximo calculo que estarán ya floreciendo.

Al abrazo de Juan con don Antonio fue interminable.

-Gracias don Antonio. Dios lo ha puesto en mi camino. Ya sabe usted donde tiene su casa. Nunca mejor dicho.

- Anda, venga, márchate ya – se quitó don Antonio de encima, emocionado, al pesado de Juan- no sea que me arrepienta. ¡Ah! Y tus biznagas han de continuar siendo las mejores que se paseen por Málaga.

Y los Fernández, ahora cuatro, regresaron al barrio de Huelin.

Ese mismo verano, sentado en la puerta de la casa, mientras dos chiquillos gateaban jugando con la arena, Juan y su María ensartaban jazmines en cardos secos preparando las biznagas que serían vendidas con la fresquita.

Juan no apartaba la vista del frente. Embelesado en el mar que cubría el horizonte. Imaginaba a su querida barquilla acostada sobre la arena. Tendría que darle una mano de pintura, el nombre, como sus recuerdos por ella, ya estaba casi borrado.

Este personaje, Juan Fernández, y su historia, es absoluta ficción. Me he permitido recrearlo para hablar del oficio de biznaguero, oficio que se me antoja imprescindible para que la biznaga perdure por generaciones.

La profesión de biznaguero, aunque con cierta estacionalidad, continúa en la actualidad suponiendo un recurso económico para numerosas familias que, cada año, desde el momento en que los jazmines comienzan a florecer, se les puede ver por todos los rincones de nuestra querida Málaga.

Lo que no es para nada ficción es el monumento que nuestro paisano Jaime Fernández Pi mentel realizó a tan singular personaje de nuestras calles: “ El biznaguero”. Desde hace cincuenta años luce como uno de los emblemas más representativos de nuestra cultura y de nuestra ciudad.

Es justo reconocer la gran valía de este prolífico escultor malagueño que tuvo a bien, recrear la imagen del Biznaguero para honra de nuestra ciudad.

Sería larguísimo enumerar la cantidad de obras que salpican nuestra ciudad , otras ciudades española y hasta de otras partes del mundo,. Muchas de ellas conocidas de todos nosotros pero de las que la mayoría ignoramos que es él su autor. Me voy a permitir, como homenaje a este gran artista, nombrarles algunas de ellas. Seguro que las reconocen:

A parte del mencionado Biznaguero,

- El Cenachero
- EL Burrito del parque de Málaga.
- Las gaviotas del Parque de Málaga
- La niña de Benalmádena
- Monumento al Jabegote de Torre del Mar

Y un larguísimo etc.. y además su presencia fuera de España es también notoria, destacando especialmente:

- La fuente de los caballos en Nueva Orleans ( EE.UU)
- Los tres elementos en ZURICH (SUIZA)
- La niña de la concha en BRUSELAS

- El cenachero de MALAGA en ALABAMA (EE.UU) una reproducción exacta al que tenemos en nuestra ciudad.

Desde aquí, como malagueño, reitero mi agradecimiento y mi homenaje a don Jaime Fernandez Pimentel. Muchas gracias maestro.



**Y** sin más, quiero finalizar este pregón dedicando unos sencillos versos a tan humilde y fragante flor. Cada una de las estrofas que conforman estos versos son en sí mismas un piropo. Están escritos desde el corazón y se los quiero regalar a todos ustedes .

Lágrimas de cera

Gotas de nieve perfumadas

Estallido blanco de vida y olor

Perfume de la mañana

Cuando estás suelta, como desmadejada

podrías pasar por flor temprana

sin aroma; a la vida aún cerrada.

Pero cuando te toman las manos certeras

con mimo, pero con firmeza

para en tu trono sentarte coronada,

transformas la figura y empapas el aire

de tu esencia derramada.

Ramillete de alegría

Explosión sostenida

en manos de una mujer

de calidez embriagada

Fuego artificial de la naturaleza  
Volutas de humos ensartadas  
Lágrimas congeladas en el rocío de la mañana  
Y disueltas en perfume surgidos del alma

Dicen que viniste de Persia  
por los árabes cultivada  
hiciste patria en nuestra tierra  
y hoy eres una joya deseada

En el pelo es luz de tu mirada  
En la mano, faro por tu olor guiada  
En tu regazo, perfume que me embriaga  
Y sobre una penca concebida....  
parto fugaz de cada mañana

Muchas gracias.

23 de julio de 2016